

UN DÍA COMO OTRO CUALQUIERA

Un día como otro cualquiera.
Despertarse con la luz,
con el cuerpo ardiente del amor a nuestro lado
y envolver, como otro día cualquiera,
los aromas del zumo y el café,
la miel y el aceite y los besos
sobre la espera agradecida del pan caliente.

Un día como otro cualquiera.
La normalidad de escuchar al piano a Wilhelm Kempff.
Los preludios corales de Johann Sebastián Bach.
Y las pequeñas historias que inventa Alejandro.
Y los dibujos con lazos de Isabel.
Y la serena mirada de Laura.
Acaso leer, como un día cualquiera, versos
de Eugenio de Andrade o de Miguel d'Ors
y, después de las obligaciones del trabajo,
oler los aromas del campo
y contemplar, como un día cualquiera,
la extendida piel de la noche
para el incendio dormido del tacto.

Un día como otro cualquiera
sentimos quizá, al atardecer, la nostalgia
que nos dice que el mundo no nos basta,
la nostalgia de pensar en los que ya no están,
en paisajes de la memoria
que ya son ceniza del deseo y la ilusión.
Solos entonces con nuestras pequeñas vivencias,
indolentes giramos los relojes de arena
sabedores de que nada significa el Tiempo,
sólo el gesto ofrecido de cada movimiento
por amor, por puro amor,
el mismo que un día cualquiera
le dio luz al entendimiento.

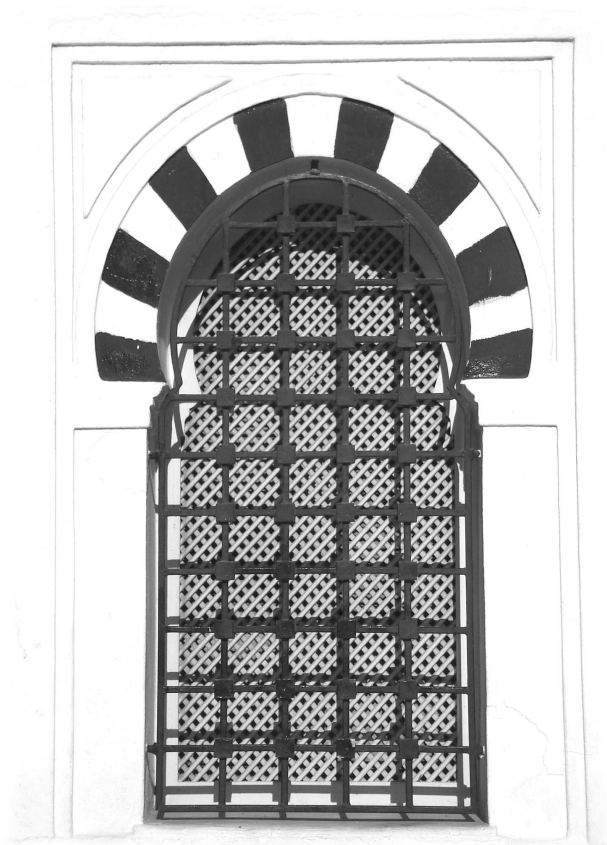


TARDE EN LIÉRGANES

Como Stendhal junto a Galileo y Miguel Ángel
en Santa Croce,
ebrio ante los frescos de Giotto,
la vida se me ofrece sencilla en el balneario
de la Fuente Santa cuando una niña
escribe tu nombre bajo la respiración
de un alerce, un instante de verano,
a la hora del descanso
y la reposada lectura,
a la hora de gustar en la memoria
tus labios en los labios
con el aroma del café.

OTRAS VENTANAS

Una ventana mirando al mar.
Una ventana al viento
que peina las espigas de un infinito tragal.
Una ventana de Vermeer de Delft, de Edward Hopper,
de Salvador Dalí y de Magritte.
Una fría ventana blanca
conteniendo los juegos del aliento,
los inviernos bajo los puentes
rurales de la infancia.
Ventanas del Loira y Toscana
y una abuhardillada ventana
en una estancia del Valle de Arán,
con flores y libros en el alféizar,
con la luz que, mientras comías una manzana,
caía como brillante miel
por toda la belleza de tu espalda.



LA ESPERA

Azul tras las palomas,
Laura, Beatriz, Isabel
y Alejandro y Guillermo,
aire con el aire
en una fresca mañana de verano,
ante el clamor de las nubes,
las flores y los álamos
mientras gira el mundo lleno de confusión
y tú, oculta, callada,
esperas la afirmación del otoño,
barcos que llenan de ternura
el horizonte de mis manos,
aire con el aire, Sergio, nuestro hijo,
más vida con la Vida.

EN UN PUENTE ROMÁNICO

Que me recuerdes de este modo:
al cruzar un puente románico
con toda la gratitud,
con toda la ternura en la mirada,
aún en la ausencia,
al otro lado de la vida,
más enamorado, sí, de ti,
oculto en las palabras,
en medio de una limpia calle
borracha de un aroma
de espliego, aire puro y adelfas.

NATALIA

Llenos de vida, tus labios, Natalia,
susurran confidencias en mi oído
mientras viajo. La memoria agradece
el horizonte en el que sueña
la tristeza de los ríos y los girasoles.
Me hablas de Londres y de Trieste,
de que es posible vivir con los zapatos rotos,
de "cada mirada que vuelve",
que "conserva un sabor de hierba
y de cosas impregnadas del sol del ocaso
sobre la playa".
¿Cómo devolver tanto como me das, Natalia,
donar algo de tu luz, de tu vida
que me llena y que, al mismo tiempo,
me falta cada día?
Un cielo muy gris
cubre de belleza los campos,
las iglesias, los bosques de Septiembre
y tú, compañera de viaje, Natalia Ginzburg,
me dices que siempre irás conmigo con palabras
que romperán con tus rotos zapatos
el cerco de mi soledad a cambio de nada.

No sé, Natalia,
cómo agradecer,
cómo dejar tu hermoso nombre
sobre los ríos tristes de los hombres.